

## CAPÍTULO II.

## LOS DIVINOS ATRIBUTOS.

## § I.

Dios es inmenso, inmutable y eterno; es bueno, misericordioso y providente. Hé aquí los atributos de nuestro adorable Señor, en cuya contemplacion nos ocupamos al presente.

La inmensidad de Dios. El Señor es el excelso é inmenso; [1] llena el cielo y la tierra, [2] nos dicen los libros santos. David al contemplar la inmensidad de Dios exclamaba: ¿Adónde podré ir que me aleje de tu Espíritu? ¿Adónde huiré que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo allí estás Tú; si bajo al abismo allí te encuentro: si al rayar el alba me pusiere alas y volase al último extremo del mar; allá tambien me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra. (3)

Dios existe en todas partes; y en todas partes brilla su admirable y divino poder, al cual está sujeto cuanto existe; obra todas las cosas en todos. (4) Y no está léjos de cada uno de nosotros pues en Él vivimos, nos movemos y existimos. (5) Y en todas partes todas las cosas están desnudas y patentes á sus ojos. (6) Por esto si caminamos nos ve; si estamos rodeados de tinieblas, estas no son oscuras para Dios; y delante de Él es clara la noche como el dia: oscuridad y luz son lo mismo para Dios. (7)

(1) Baruch. III, 25. (2) Hierem. XXIII, 24. (3) Ps. CXXXVIII, 7—10. (4) I. Cor. XII, 6. (5) Act, XVII, 23. [6] Heb. IV, 13. (7) Ps. CXXXVIII, 12.

Dios existe en todas partes, no como cualidad, sino cual sustancia criadora del mundo que rige sin trabajo, y contiene sin esfuerzo. No se extiende como los cuerpos; mas está todo Él en toda la tierra; no limitado por ningun lugar, sino todo en Sí mismo, en todas partes. (1)

Dios, pues, existe en todas partes por su presencia su poder y sustancia.

Dios es inmutable: No es como el hombre para mentir, ni como el hijo del hombre para mudarse. (2) No cabe en Él mudanza, ni sombra de variacion. (3) Él es el Señor y no se muda. (4)

Dios es un acto purísimo é infinitamente perfecto, y por esto excluye toda potencia; ¿cómo, pues, pudiera mudarse? Su esencia es absolutamente simple, y no admite ningun cambio. (5) En las demas esencias entran algunos accidentes, sujetos á mudanza: en la divina ni acontece ni puede acontecer nada de esto; y por lo mismo sólo ella es incommutable; es Dios á quien con la mayor verdad y exactitud conviene el sér, de donde es nombrada la esencia.

Dios es infinito, comprende en Sí mismo toda la plenitud de la perfeccion del sér; nada puede adquirir que no tenga; ni extenderse hácia algun objeto que ántes no tocara. (6)

No hay en Dios mutacion de sustancia, porque siempre es el mismo, y sus años no pasan ni acaban; [7] ni el tiempo lo puede mudar porque Él es eterno. Ni lo

(1) D. August. Epist. 187. al. 54—D. Th. I. p. q. 8. a. 3. (2) Num. XXIII, 19. (3) Jacob. I, 17. (4) Malach. III, 6. (5) August. L. V. c. 2. de Trinit. (6) D. Th. I. p. q. 9. a. 1. in corp. (7) Ps. CI, 28.

puede extender, ni aumentar su perfeccion: El Perfecto no tiene progreso ninguno, ni jamas desfallece el Eterno. (1) Ni en sus obras, por último, cambia el Señor; todo lo que Él quiere y conoce, lo conoce y lo quiere ab aeterno. (2)

Hé aquí lo que la teología nos dice; veamos luégo lo que al corazon inspira la piedad.

Dios es inmenso, Dios está con nosotros; semejante pensamiento hace brotar de nuestras almas dos purísimas fuentes que llevan en sus ondas la gloria del Eterno, y la más santa y humilde adoracion.

Cuando alzamos los ojos á los cielos, en las numerosas falanges de los ángeles, en los millones y millones de astros que brillan como polvo de oro en el inmenso espacio, vemos esa gloria soberana; si luégo los bajamos á los humildes y tendidos valles; ó bien contemplamos las cumbres de altísimas montañas, ó entrando en la espesura de los bosques, casi nos deja suspendidos, el canto melodioso de las aves; si queremos hundirnos en las aguas ó salir á los limpios manantiales de los rios; en todas partes descubrimos la presencia del Eterno, sentimos la virtud de su diestra omnipotente; y del seno de todas las criaturas que hemos dicho; y de cuantas más contiene el universo, sale una voz que dice así: Est Deus in nobis. Dios está en nosotros. Y al testimonio que han rendido, añaden luégo la bendicion y la alabanza: Oí, decia san Juan, la voz de muchos ángeles al rededor del solio, y de los animales, y de los ancianos; y su número era de millares de millares, los cuales decian en alta voz: Digno es el Corde-

(1) Aug. in Ps. XXX. (2) Charmes, hic.

nuestros delitos en el instante que queremos ofenderlo; que su sentencia no tiene apelacion; que no pueden escapar los reos de su terrible y poderosa mano; y que por último, son eternos y espantosos sus castigos. Por esto con razon exclamaba el gran Apóstol: Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo. [1] Y entónces brillando á nuestros ojos con majestad gloriosa y deslumbrante, precedido del fuego, destruyendo á sus enemigos, rodeado de tremenda tempestad, alumbrando la tierra con la lívida luz de cien relámpagos, y haciéndola temblar delante de Él, sobrecogidos de temor sagrado le decimos: ¡Quién no te temerá oh Rey de las naciones? (2)

Dios está en nosotros cual tierno y amoroso Padre que nos ampara y defiende en todas ocasiones: ¡queréis mayor ternura? Pues oid lo que Él mismo nos ha dicho: Como una madre acaricia á su hijito así yo os consolaré á vosotros..... Vosotros lo veréis y se regocijará vuestro corazon, y vuestros huesos reverdecen como la yerba: y será visible la mano del Señor á favor de sus siervos. (3)

Pensemos un instante en el Señor. ¡Hay por ventura, otro pensamiento que así alegre y consuele nuestras almas? y con todo, ¡hemos dicho que pensemos un momento? Ciertamente debia el hombre pensar en Dios con más frecuencia que respirar. (4) ¡Ó hay algun momento en que no recibamos el auxilio del Señor, para no tenerle presente en la memoria? Él está dando á todos la vida, y el aliento, y todas las cosas. (5) ¡Por qué, pues, tan divino y amado pensa-

(1) Heb. X, 31—Rodrig. Trat. 6. c. 1. p. 1. (2) Ps. XCVI, 2, 4.—Hierem. X, 7. [3] Isa. LXVI, 13, 14. (4) D. Nazian. Orat. 1. Theolog. (5) Act. XVII, 27.

miento, no nos acompaña á todas partes? ¿por qué no forma nuestras más caras y santas delicias? ¡Oh miseria humana! El cuerpo corruptible agobia el alma, y la habitacion terrestre oprime la mente que piensa muchas cosas. (1)

¿Cómo explicar tan funesto y delincuente olvido? ¿podrá una doncella olvidarse de sus atavíos, ó una esposa de la faja que adorna su pecho? Pues, ello es que mi pueblo se ha olvidado de Mí innumerables días. [2] Es, en efecto, el pensamiento del Señor la más rica y deslumbrante joya que debe brillar continuamente en medio de nuestra alma; el cingulo precioso de fidelidad y justicia con que siempre tenemos que ceñirnos. [3]

Cuanto más pensamos en la adorable inmensidad de Dios, descubrimos nuevos y más bellos horizontes que no puede medir la inteligencia; y nuestra pequeñez entónces, sigue disminuyendo á cada instante, llegando casi hasta perderse en la grandeza adorable del Señor; mas en medio de ésta no desfallecemos, cual hombre fatigado y sin aliento, que no consigue lo que busca haciendo los últimos esfuerzos; no desfallecemos, porque sin embargo de ser incomprensible nuestro inmenso Dios, y de no existir quien lo contenga entre sus brazos, Él, en toda su grandeza, existe siempre en el pequeño corazón del hombre; y su santa y divina inmensidad, es para nosotros aquí y en todas partes; grata y fresca sombra bajo la cual gustamos los frutos de su santo amor, [4] ó bien, divino y blando lecho de olorosas flores donde al reclinar la frente gozamos apacible sueño.

(1) Sap. IX, 15. (2) Hierem. II, 32. Menoch, Tirin. (3) Isa. XI, 5. (4) Cant. II.

ro que ha sido sacrificado, de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria, y la bendicion. Y todas las criaturas que hay en el cielo y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y las que hay en el mar; á cuantas hay en todos estos lugares, á todas las oí decir: Al que está en el trono y al Cordero, bendicion, y honra, y gloria, y potestad, por los siglos de los siglos. Á lo que, los cuatro animales respondian: Amen. Y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros, y adoraron al que vive por los siglos de los siglos. (1)

En virtud de la órden del Señor continúa el curso de los días, pues todas las cosas le sirven y obedecen. [2] Lo hemos visto: todas las criaturas alaban y bendicen la gloria de su nombre, y elevan á su trono un canto universal y melodioso que Dios escucha benigno y compasivo. ¿En dónde no hemos escuchado los dulces acentos de ese canto, ó cuál es el lugar que no brilla con la divina presencia del Eterno?

Queda un sitio que no hemos registrado: nuestro propio corazón. Ah! De él sale asimismo, aquella hermosa voz: Dios está en nosotros. ¿Cómo negarlo cuando en cada instante nos sostiene su diestra poderosa, y tenemos pruebas innegables de su paternal cariño? Dios está en nosotros y ¿no quisiéramos juntar nuestras humildes y pobres alabanzas, al bello y armonioso canto con que á Dios bendice el mundo entero? ¿guardaríamos triste y criminal silencio, miéntras todas las criaturas glorifican al Eterno? Jamas, jamas sucederá desgracia semejante; que más bien quisiéramos reunir

(1) Apoc. V, 11, -14. (2) Ps. CXVIII.

en torno nuestro á todas ellas, para cantar á coros la gloria del Señor: Venid, les diríamos, regocijémonos en el Señor: cantemos con júbilo las alabanzas del Dios Salvador. Corramos á presentarnos ante su acatamiento. Él es el Señor por excelencia: el Rey, el Dios grande y soberano sobre todos los dioses. Porque en su mano tiene toda la extension de la tierra y suyos son los más encumbrados montes. Suyo es el mar, y obra de sus manos; y hechura de sus manos es la tierra. Venid, adorémosle; postrémonos derramando ardientes lágrimas en la presencia del Señor que nos ha criado; pues Él es el Señor Dios nuestro, y nosotros el pueblo á quien apacienta, y ovejas de su grey. (1)

Dios es inmenso, Dios está en nosotros.

La meditacion de esta hermosa verdad santifica el alma, llenándola de consuelo y alegría. Cuando yo, Señor, considero atentamente que me estás mirando siempre, decia San Agustin, y que velas sobre mí de día y de noche, con tan gran cuidado y amoroso empeño, cual si no hubiese otra criatura en todo el universo sino yo, que pueda atraer vuestras miradas; cuando pienso y reflexiono que todas mis obras, pensamientos y deseos, están patentes á vuestras miradas, todo me lleno de temor profundo, y se cubre mi rostro de vergüenza. (2)

Somos los siervos del Señor; ¿pudiéramos ante sus ojos descuidarnos de servirlo, ó quebrantar en su presencia misma, sus órdenes supremas?

Es nuestro Juez, y bien sabemos que puede castigar

(1) Ps. XCIV, 1, - 7. [2] D. August. Solil. c. 14.

¡Bendito, pues, mil veces sea Dios en su inmutable esencial

No hay mutabilidad ninguna, ni puede haberla, en la esencia de Dios, ni en la eternidad, ni en la verdad, ni en la voluntad; porque en ella, la verdad es eterna, y asimismo, eterna es la caridad; y ésta es en Dios, verdadera, y verdadera es la eternidad; y en Él tambien es amada la eternidad y es amada la verdad. (1)

Dios es inmutable; sin embargo, contemplad el amor que nos tiene; oid lo que nos dice San Pablo: Cuando estabais muertos por vuestros pecados y por el desórden de vuestra carne, entónces Dios os hizo revivir con Jesucristo perdonandoos todos los pecados; y cancelando la cédula del decreto firmado contra nosotros, que nos era contrario, la quitó de en medio enclavándola en la cruz. (2) Hé allí cómo Dios sabe mudar su sentencia por la sangre de su Hijo Divino. No puede ya pedirse más al corazon de un padre. Su ternura y bondad infinitas, cual si pudiesen mover su trono inmutable y eterno, nos dicen: Al impío no dañará su impiedad en cualquiera ocasion que se convierta..... Si yo dijere al impío: tú morirás de muerte desgraciada, y él hiciere penitencia de sus pecados, y practicare obras buenas, si volviere la prenda, y restituyese lo que ha robado; si siguiere los mandamientos que dan vida, y no hiciere cosa injusta; él tendrá verdadera vida y no morirá. (3)

Estas palabras sin embargo, todavía no expresan, si lícito es decirlo, toda la bondad y compasion que hácia nosotros tiene nuestro tierno y amoroso Padre. Hé

(1) D. August. L. IV. De Trinit. in Proem. (2) Coloss. II, 13, 14. (3) Ezech. XXXIII. 12, -15.

aquí lo que hallamos en otro de los libros santos, en que reprende el Señor las maldades de Efraim, y asegura que lo castigará según la medida de su deseo; mas después añade: ¿Qué haré Yo de ti oh Efraim? ¿Seré Yo tu protector ó Israel? ¿Pues qué podré Yo tratarte como á Adama, ni ponerte como puse á Seboim! ¡Ah! mis entrañas se conmueven dentro de Mí: Yo me siento como arrepentido, no dejaré obrar el furor de mi indignacion: no me resolveré á destruir á Efraim, porque soy Dios y no un hombre. (1)

¡Oh buen Dios, ¿quién dejará de amarte, con todo el corazón, si un momento siquiera, piensa en tu bondad! Sentirse como arrepentido el inmutable Dios, no resolverse á castigar al hombre, y añadir, que de ternura están conmovidas sus entrañas! Ciertamente que tales expresiones, son como abrasadas saetas, que traspassando el alma, la dejan ardiendo en las vivas llamas del amor divino. Vale más llorar, pues no alcanzan las palabras á decirnos cuánta es la grandeza del amor que Dios nos tiene. San Pablo preguntaba en otro tiempo: ¿Quién podrá separarnos del amor de Jesucristo? (2) hoy á nuestra vez, nosotros preguntamos: ¿quién podrá separar á Dios de nuestro amor? ¿el pecado? Ciertamente, el pecado nos vuelve abominables á los divinos ojos; y sin embargo, Dios no puede olvidar su corazón de Padre; entónces mismo, aún cuando estamos muy lejos de su Majestad, nos llama con blandas y sentidas voces, y nos dice así: ¿Por qué desprecias las riquezas de mi bondad, de mi paciencia, y de mi largo sufrimiento? ¿acaso ignoras,

(1) Osee. X. 9, 10, — XI. 8, 9. (2) Rom. VIII. 35.

Yo, Dios mio, decia David, dormiré tranquilo, en medio de la paz, y tendré reposo en vuestro mismo seno. [1]

Estar bajo la sombra de tan dulce amparo, y descansando entre los brazos del Señor, es para el hombre que con ternura lo ama, una delicia de inefable encanto y suavidad divina. Y si dormimos, sus bellos ángeles cubrirán nuestro cuerpo con sus alas, y Él mismo velará sobre nosotros; y al despertar sabremos que ni un momento siquiera nos dejó; y aquella voz que ántes dijimos, tan dulce y melodiosa, la oiremos otra vez, con nueva dulzura y melodía. Dios está en nosotros; lanzamos un suspiro, la gratitud nos obliga á bendecirlo, y sentimos en seguida, que el corazón rebosa dulcísimo consuelo, y decimos llenos de profundo regocijo: Somos muy dichosos en la santa y adorable compañía de nuestro Dios.

Dios es inmutable; ¿Y qué tenemos para nuestro bien, que así lo sea? Tal pregunta fuera una blasfemia, ó acaso dejara traslucir una ingrata negacion, sino la hiciésemos para luego darle esta respuesta: La inmutabilidad del Señor, obra la consumacion de nuestra dicha. En efecto, oigamos lo que su Majestad dijo en otro tiempo á los hijos de Israel: En el Desierto, el resto del pueblo que quedó libre del castigo, halló gracia delante de Mí: tambien Israel llegará á la tierra de su descanso. Es verdad que me visitó el Señor, responde Israel, mas hace ya mucho tiempo. Te engañas, dice Dios, porque Yo te he amado con perpétuo y no interrumpido amor: por eso misericordioso te atraje á Mí. Y otra vez te renovaré y te daré nuevo sér oh

(1) Ps. IV, 9.

Virgen de Israel..... porque Padre soy yo de Israel, y Efraim es mi primogénito..... ¿No es Efraim para Mí el hijo querido, el niño que Yo he criado con ternura? Desde que yo le he hablado le traigo siempre en mi memoria: por esto se han conmovido por amor suyo mis entrañas. Y tendré para con él, entrañas de misericordia. [1]

¿Qué sería del hombre si no fuese inmutable el Señor? ¿Dónde hallaríamos ese tierno y generoso amor, esas entrañas de padre compasivo, esos desvelos, en fin, con que nos cuida nuestro amado y cariñoso Dios? Tendríamos, con razon, entónces que ir llorando por el mundo en busca de un padre que jamas encontraríamos. Ni una voz amiga habria que acallara nuestro llanto, ni una mano que llegase á conducirnos por las penosas sendas de la vida: en realidad ignoraríamos lo que era el consuelo en los dolores, y la ternura y compasion por los agenos males.

Á los que Dios tiene especialmente previstos, los predestinó para que se hiciesen conformes á la imágen de su Hijo, por manera que sea el mismo Hijo; el Primogénito entre muchos hermanos. Y á estos que ha predestinado tambien los ha llamado; y á quienes ha llamado, tambien los ha justificado; y á los que ha justificado tambien los ha glorificado. Despues de esto ¿qué diremos? Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros? (2) Si llegase á cambiar el Señor ¿qué pudiéramos hacer para que ningun anillo de esa preciosísima cadena que hemos mencionado, llegase á faltar? Sería para esto necesario que Dios estuviera por nosotros; mas si cambia no tendríamos ya ningun remedio.

(1) Hierem. XXXI, 2-4, -9, -20. (2) Rom. VIII, 29, 31.

que mi benignidad te está llamando á penitencia? Con tu dureza y tu corazon impenitente, vas atesorando contra ti mismo, ira y más ira para el dia de la venganza y de la manifestacion de mi terrible juicio. (1) ¡Oh buen Dios, cuán amable sois! Para llevarnos hácia Vos, nos descubres y ofreces las riquezas de tu gracia, nos muestras tu tierno corazon, y para que, por fin, aceptemos tu amoroso llamamiento nos anuncias los terribles castigos de tu tremenda y espantosa ira; pero no, no será para nosotros, del todo necesaria tu amenaza; que el amor nos lleva á Ti, y nos rinde á tus sagrados piés, y quedamos por tu gracia soberana, convertidos, mudados, de pecadores que ántes éramos, en hijos muy amados del Señor.

Dios es eterno. La inmutabilidad de nuestro Dios nos hizo descansar, llenos de contento, bajo la sombra de su amor. Él nos ama con caridad perpétua; no cambia, y tan dulce y amado consuelo, vivirá siempre con nosotros, llenando el alma de encantadora y celestial dulzura. La eternidad de Dios levanta el pensamiento y el corazon del hombre, hasta los cielos. Pensamos en la hermosa y amada eternidad de Dios, y cuando volvemos los ojos hácia el mundo, sentimos un vacío que nadie jamas podrá llenar. Y al vacío se añade la inquietud y la amargura: y entónces conocemos que no somos para el mundo, que Dios y sólo Dios puede llenarnos.

La eternidad de Dios es un dique, por decirlo así, que Dios mismo ha levantado en nuestras almas para impedir su ruina. Quitad la eternidad, y no hallaréis aquel temor sagrado, que tantas veces nos contiene en

[1] Rom. II, 4.